BERNABÉ MOHEDANO

El señor de Bobastro

El rebelde hispano que desafió al emirato de Córdoba

la esfera⊕de los libros

Prólogo

Yo, Alfonso, hijo del Tuerto Gonzalo y de la bella Isabel, nieto de García de Tuy y Martín de Tucci, Hafs al-Marra o al-Mur, según el odio con que se pronuncie, Adelfuns el noble dispuesto, el Moro, el Orán Siyaad, el Qadí de Bobastro, Sansón, el Juglar del Sur o el Hispano, comienzo esta obra en el año 918 de nuestro Señor.

Hay quien hoy, reconociéndome por alguno de mis muchos nombres, me presume dichoso. Envidian mi barba cana, mi bolsa repleta de oro, la preciosa cruz que protege mi pecho, la inmaculada túnica que me viste e incluso la multitud de cicatrices que me deslucen. Perciben atinados una larga y ajetreada vida a mi espalda. Vislumbran al guerrero superviviente merecedor de descanso. Ingenua codicia. Si averiguaran la verdad...

Si intuyeran que quien se carcajeara del miedo y lo ignore ante su porvenir escribe amedrentado, ansioso y forzado por ordenar un pasado doloroso que altivo menosprecia los achaques presentes. Marchita la esperanza en dioses y hombres en los que se agotó mi fe. Solo, aunque esté acompañado de desconocidos llamados amigos. Encerrado libre. Extraño en mi propia casa. Triste entre la risa. Pobre sin saber qué hacer con tanto oro. Mis sueños de grandeza han muerto y poco más que juegos infantiles me parecen ahora. Mis deseos duermen tan secos como la aceituna perezosa que permaneció en el olivo para conocer al verano.

No siempre fue así.

He vivido intensamente. Coqueteando con la muerte sin tropezármela ya que conmigo se comportó como la mujer que al saberse perseguida prefiere ignorarte. Cazando bestias, animales y hombres, solo y acompañado de otros dispuestos a sacrificar su vida por la mía. Derrotando generales, matando paladines invencibles, conquistando ciudades, defendiendo fortalezas y aniquilando pueblos para amenazar el orden establecido. Divirtiéndome extasiado en el caos mientras otros se escondían.

He viajado, atravesado mar y tierra, aprendiendo lenguas y observando las más extrañas costumbres. He despreciado manjares como embajador en mesas de postín y cruzado la mirada con el hambre, ansiando gorgojos e insectos como soldado sitiado o esclavo cautivo. He relatado historias, propias y ajenas, y escuchado, aprendido y discutido con sabios y necios; entre ellos, reyes, maestros, nobles, hechiceros, obispos, soldados, emperadores, mendigos y emires. He juzgado, sufrido, castigado y perdonado. Me han adorado y maldecido. Me he emborrachado, demasiado a veces, con vino o sustancias tan desconocidas como los que las acompañaban.

El amor y la diversión con las mujeres no me han sido esquivos. Incluso con diosas he yacido sin llegar a amarlas. Eso solo sucedió con una. Por encima de lo que la razón recomienda. Lo pagué con cicatrices incurables mucho más profundas que las causadas por la daga más afilada. Heridas que me cambiaron para siempre y convirtieron en amarga mi sonrisa. Aún sangran cuando menos me lo espero haciéndome añorar la comodidad del desconocimiento. Con gusto daría cuanto tengo, incluida mi propia vida, por una sonrisa, un beso y qué decir de un atardecer perdido en los ojos de mi niña de Qumarix.

Escribo para reconciliarme con mi memoria, comprometido con la verdad a la que persigo como el lagarto al sol o el marinero al norte, anhelando serle fiel y que alguien la encuentre entre mis palabras como yo lo hago en el ladrido de un buen perro tras un fiero o huidizo trofeo.

Escribo como trampa al tedio y mágica escapada de mi gris presente hacia cuando la vida se pintaba de colores.

Escribo persiguiendo a la justicia. Sabiendo de antemano lo vano de mi afán en alcanzarla al reconocer mi insignificancia como la de la brizna de hierba perdida en la borrasca. Temeroso de que la historia olvide a quien bien pudo cambiar el incierto camino que recorre mi adorada Hispania. Escribo obligado por mi conciencia a reconocer la fortuna de haber compartido el tiempo, el espacio y el corazón con un personaje diferente. Un embajador del cielo y del infierno, convencido de que las estrellas cantaban su gloria futura. Un soñador indomable, de amplias miras y tenacidad obsesiva, que escribía con su propia tinta las reglas que le regían sin reconocer autoridad divina o humana. Un tahúr egoísta, deplorable en ocasiones, dispuesto a sacrificar a los demás para lograr su objetivo o efímero recreo. Un líder de voluntades que hizo soñar a un pueblo perseguido, mancillado, exhausto, ávido por recuperar la libertad y el honor que apenas recordaba. Un hombre extraordinario, único si es que acaso tal posibilidad existe, pues consciente soy de cómo la vida se repite riéndose de nuestra ingenuidad al creernos singulares

Escribo para presentaros a mi amigo Omar ibn Hafsún, hijo de Hafs ibn Omar, nieto de Omar ibn Yafar. Samuel el día de su muerte. Rey de Bobastro. El que zarandeó la casa omeya señoreando el mediodía andalusí y el mar que baña sus costas.

El Capitán de la Gran Nariz

Capítulo I

854-875

«Adquirir desde jóvenes tales o cuales hábitos no tiene poca importancia: tiene una importancia absoluta».

Aristóteles

Supongo que para relatar las andanzas de Omar habré primero de presentarme. No por barata vanidad, sino por la íntima certeza de que para valorar cualquier historia resulta imprescindible conocer la fuente. La realidad rara vez muestra una sola cara y varía, caprichosa, según quién la observe, como lo hace la misma noche para el reo que aguarda la muerte al alba o a la enamorada pareja que se descubre por primera vez.

Es curioso cómo la vejez ilumina recovecos de nuestra vida regodeándose en la sencillamente idealizada infancia. Raro es quien no la recuerda con devoción, e incluso a mí me sucede pese al dramatismo con el que la sufrí.

Debí nacer en el mes de julio del año 854 del Señor en la alquería de mi familia junto a Tucci. Con perspectiva, desde el principio el azar fue caprichoso conmigo.

Mi padre, Gonzalo, el hijo de García de Tuy, fue uno de los valientes que, enviados por el primer Ordoño de Asturias y comandados por su hermano, el conde Gastón del Bierzo, apoyaron a los sublevados en Toletum contra el emir Muhammad. Los mozárabes toledanos, siempre rebeldes y orgullosos, seguían ejerciendo su poder e influencia en la vieja capital hispana. Dos años antes de mi nacimiento, tras deponer y encarcelar al gobernador omeya, se lanzaron con la ayuda asturiana contra la misma Corduba, conquistando y destruyendo cuantas villas se cruzaron hasta las mismas murallas de la perla del Betis. La reacción de Muhammad fue aterradora. Harto

de las constantes insurrecciones toledanas, armó una poderosa aceifa reclutando un ejército incontable con el que masacró a los cristianos en las inmediaciones del río Guadalacete.

Gracias al cielo o al azar, mi padre no fue testigo de tan aciago día.

Había destacado en la fulgurante toma de Qal'at Rabah, formando parte del grupo que se internó en la ciudad disfrazado de jornaleros para asegurar las puertas. Imagino su orgullo y alegría en los días posteriores, pues resultar factor decisivo en la victoria de una batalla es, sin parangón, una de las mayores satisfacciones que pueden experimentarse.

Al alcanzar Epagro debió hacerlo henchido de sí mismo, creyéndose invencible. Al galope, junto a otros cincuenta osados, se arrimaron hasta la puerta de Corduba para arrojar sobre la muralla las cabezas de una infausta partida bereber que había escogido erróneo camino. Gonzalo fue herido en el hombro derecho por la andanada de saetas que calurosamente les recibió y, desafortunado, cayó pisoteado por su cabalgadura tras perderla.

Le recogieron aturdido y desangrándose. En la media jornada que distaba de la alquería mozárabe a la que le llevaron guiados por Ibn Hukam, un muladí local vecino de Priego, la herida del hombro se le infectó de gravedad. Peor suerte corrió su cara. El pisotón de su montura le fracturó parte del cráneo desollándole desde el nacimiento capilar hasta la oreja y llevándose por el camino ceja y ojo derechos.

Aquella tarde se perdió la gran victoria de Epagro, pero ganó mucho más.

Martín, mi abuelo materno, era natural de Tucci. Del antiguo linaje local, orgulloso y convencido creyente de Cristo, y con fama de hombre justo y cultivado. Su alquería acogía a los viajeros mozárabes y en su almazara obraba uno de los más reconocidos aceites de la zona, lo que viene a ser lo mismo que decir del mundo. Popular es que el gran Aníbal Barca portaba ánforas de aceite de Tucci en sus campañas, quién sabe si serían de mi familia y cruzarían el Rubicón a lomos de sus elefantes cuando partió de Sagunto a la conquista de Roma. Siendo Martín apenas un niño, sus padres le enviaron a estudiar a Corduba mientras trocaban la villa de Tucci por la alquería en el campo para esquivar la ascendiente presión de las autoridades emi-

rales. Tras formarse, Martín regresó a la tranquilidad de la alquería y allí junto a su mujer María tuvo a sus cuatro hijos: Ceferino, Jacinto, Silvinio y la pequeña Isabel.

Desde el primer día, la hija menor aceptó el reto de restablecer cuanto antes al gallego herido. Imagino a mi padre, con sus ya diecinueve años cumplidos, gozoso de recibir los cuidados de una joven como mi madre. Isabel era especial. Sus catorce primaveras iluminaban cada estancia visitada. Tesoro y favorita de su padre. Peleo conmigo mismo por tratar de recordarla, robando retazos quién sabe si propios o escuchados. A ella, quienes la conocieron, decían que yo guardaba parecido por mi altura, azules ojos y pelo casi albino. Atractiva y lozana, se encontraba en plena madurez, como el melocotón que suplica ser recogido. No eran pocos quienes la pretendían y solo el celo de Martín en conservarla a su lado había dilatado una marcha inminente.

La herida del hombro respondió bien a los cuidados de Isabel y María, siempre presente mientras la pareja se forjaba, logrando recuperar la movilidad y la fuerza de antaño. El rostro era otra cosa. Recuerdo desde siempre la cicatriz. Con el tiempo le aportó su apodo y un halo de fiereza que infundía temor al más bizarro obligándole a esconder la vista en su presencia. Portar siempre el casco que protegía su cráneo fracturado y el parche del ojo derecho ayudaba a generar ese respeto.

Cambiaron las estaciones mientras Gonzalo conquistaba el respeto de la comunidad, el cariño de la familia y el amor de la joven. Había encontrado un hogar y en poco más de un año se desposó con mi madre, aunque ambos lo intuyeran al primer vistazo. En poco menos de otro, con Gonzalo aún convaleciente, nací yo, y en los siguientes cinco, tres más, de los que solo sobrevivió la pequeña Eugenia.

Nunca una herida sanó tanto.

Mi casa vivía empapada de la enorme convulsión religiosa que sufría Corduba por aquella época. Los martirios se iniciaron cuatro años antes de mi nacimiento, en dos meses se sucedieron los nueve primeros y aún continuaban cuando yo ya corría. Muchos eran los conocidos caídos, familia incluso como el tío Amador, presbítero de la capital. Los muertos se convertían en santos y sus reliquias, en bienes preciados para toda la cristiandad pues por ellas nos visitaban embajadas extranjeras.

Con la presencia de Gonzalo las visitas ascendieron. Entre ellas destacaban las de los ilustres Eulogio y Álvaro, de noble familia, el primero incluso senatorial. Antiguos compañeros de Martín en san Zoilo. Ambos combatían la seducción caldea hacia jóvenes cristianos que abjuraban de sus formas, costumbres, ideas y creencias. El camino más sencillo ante la enorme represión. Enarbolaban la bandera que incitaba a proclamar la fe en Cristo y el desdén por el falso profeta, aun intuyendo un triste final.

Mi padre trabó sincera amistad con Eulogio, pues el cordobés gustaba de norteños desde su visita a los obispados de Pampilona y Saraqusta. Afable y generoso, solía obsequiarme con dulces al verme sin imaginar jamás cómo muchos años después le devolvería un cumplido homenaje.

Si Corduba andaba revuelta, el resto de Hispania no le iba a la zaga. Guardo como uno de mis primeros recuerdos el festín por la victoria de Albelda de los reyes Ordoño y García Íñiguez sobre Abd al-Rahmán. Yo contaba cinco años. Mi padre idolatraba a Ordoño, al que conoció y con el que se alistó cuando aún era gobernador de Galicia. Junto al Mineus, el caudaloso, bajo la órbita de obispado de Tuy y los Sotomayor, había emigrado su abuelo cincuenta años antes. Hablaba con orgullo de aquello.

- —Mi abuelo malvendió cuanto tenía y se hizo con una buena propiedad al norte. Tierra fértil, no tanto como esta vuestra, pero que fácil te permite tener ganado y rendirla bien. Existen oportunidades allí. Miles de leguas vacías hasta las ciudades de Viseo, Salamanca, Ávila, Segovia, Sepúlveda u Osma. Ocupamos ya los altos valles por las cabeceras del Iber y el Pisoraca. Debemos aprovechar nuestro número, empujarles al sur hasta devolverles a Ifriqiya.
- —Sencillo parece lo que planteas —le respondían—. Pero no lo es renunciar a las costumbres. Quizás nuestros nietos, como a ti te sucede, ni lo sientan, pues bien cierto es que el hombre a todas partes se aclimata pero no sería así para nosotros. ¿Es acaso seguro habitar un desierto expuesto al castigo sarraceno?
- —Todo es relativo —replicaba mi padre—. ¿Sobra aquí seguridad? La tierra de frontera es áspera y al norte el clima se endurece. Las llanuras, extensas como el mar, se hielan en invierno y abrasan al estío, pero los condados, señoreados en manos capaces, cada vez

son más fuertes y las razias, menos dolorosas. Brotan los fuertes desde Tuy hasta Amaya pasando por Orense, Astorga y León. La tierra de los castillos, le llaman. —Hablaba vehemente, con los ojos iluminados por el fervor—. Los riesgos de emigrar son altos pero cara es la libertad. Seguro que extrañáis estos ricos y cálidos valles, pero no soportaréis sarracenos mirándoos por encima del hombro y llevándose a vuestras hijas a sus harenes. La libertad no se compra con oro sino con acero.

—Hablas de libertad y grandeza, pero nuestra tierra está aquí. —Mi abuelo Martín respondía herido en su orgullo, harto de la manida conversación que sentía que podía acabar alejándole de su hija y nietos. Reprochando a mi padre que considerara la decisión de permanecer en casa y aguantar como síntoma de cobardía—. No es sencillo abandonar tus raíces. Un tiempo vendrá en el que se nos necesite y agradezca haber permanecido en nuestra tierra, defendiendo orgullosos nuestra cultura en nuestra propia casa. No podemos ceder todos. Huir. Nos empujan a las montañas y páramos mientras disfrutan las mejores tierras, sí, pero ¿dónde crees que se quedaron cartagineses, griegos, fenicios, romanos, godos y todas las culturas que pisaron suelo íbero? Ninguno, salvo soldado, se quedó en el norte. Todos eligen estos lares, lo mismo que los caldeos, que tampoco serán los últimos.

»Yo soy como la aceituna de Tucci que solo engorda en nuestros campos y no prende en otra tierra. Repudio a esos sarracenos que nos menosprecian y aún más a los nuestros que nos venden, pero no lograrán echarme de mi propia casa.

»Respeto tu visión, Gonzalo, pero no otorgues más valentía a la huida que a la perseverancia porque es injusto. Lo sencillo es marcharse. No acepto que la gallardía y nobleza descanse en señorear nuevas tierras, sino en tratar de defender hasta el último aliento lo que por derecho te pertenece.

Lástima que lo tuviera tan claro.

Los martirios y la derrota de Albelda recrudecieron aún más el proceder sarraceno. Al enemigo forastero que no doblegaron lo encontraron en casa en el sector más orgulloso de las iglesias cordobesa e hispalense.

Mi padre y tíos recechaban con asiduidad la sierra de Priego, espléndida en cantidad y variedad de especies como pocas, pues incluso linces se avistaban durante el invierno, cuando conservaban hábitos diurnos.

Un pésimo día, en una de aquellas partidas, se cruzaron con un grupo bereber. Los nuestros eran diez: Gonzalo, mis tíos, tres vecinos más de Tucci e Ibn Hukam junto a dos de sus amigos. Con la confianza de ser casi el doble y pese a ir peor pertrechados, los bereberes exigieron sus armas y cabalgaduras. Campaban a sus anchas los hijos del diablo. Animales del desierto y la montaña que apostaban sus tiendas de piel de cabra donde les placía. Duros y crueles, esquilmaban las tierras como la peor plaga de langostas. Ni las cosechas se acopiaban por miedo a sus algaradas. Demasiado valientes aquel día.

El enfrentamiento fue inevitable y el resultado caro. Murió mi tío Jacinto y cayeron de los nuestros tres graves, entre ellos mi tío Ceferino. Por su parte, resultó peor pues cinco perecieron y varios más quedaron heridos. El grupo hispano se refugió en una de las cuevas conocidas de la sierra ante la llegada del resto de la tribu. Al no poder encontrarlos, decidieron saciar su venganza entre sus allegados. No fue difícil localizar a los de un gran hombre tuerto con un casco

en la cabeza, el diablo norteño, y a los de los hijos de Martín, el sabio de Tucci.

Ya mencioné que atesoro escasos recuerdos de mi infancia, y ni siquiera sé si los referidos a mi madre y hermana son ciertos, pero por más que lo he intentado jamás olvidaré aquel.

Aquella mañana, quizás la que con mayor hondura esculpió lo que soy, comenzó con la alegría de encontrar una nidada de huevos de codorniz. Era pronto, pues el sol aún perezoso no llegaba a calentar. Yo no contaba todavía los seis años. Como cada mañana ayudaba a mi abuelo recogiendo la leche, repartiendo pienso, vigilando las puestas, comprobando las trampas cercanas o paseando a burros y caballos. Lo hacíamos detrás de un patio limpio por el celo de mi abuela, encalado y atestado de campanillas azules, buganvillas, azahar y rojas rosas mimadas con esmero. Mi abuelo me esperaba siempre en la puerta, apoyándose en el quicio mientras yo, entusiasmado, examinaba el granero disfrazado de corral que ocupaba la parte trasera de nuestra villa, tras las habitaciones.

La puesta había sido numerosa y risueño le enseñaba la perfección de cada huevo a Martín cuando empezamos a oír espantosos alaridos. Sonaban lejanos, pero mi abuelo, alarmado con razón, entró a la carrera y me escondió bajo un falso suelo que vivía como despensa, almacén, bodega o saladero y que ocupaba casi toda la superficie inferior del granero. Guardo sus palabras indelebles.

- —Alfonso, espera aquí, no oses moverte ni hacer ruido o caerás castigado como nunca. Traeré a tu abuela, madre y hermana.
 - —Déjame ir contigo, abuelo —le supliqué, llorando.
- —Iré más rápido solo. —Me miró, sonrió y acarició con cariño sincero para, resignado, continuar—: Además, necesito que me ayudes, pues has de guardar algo muy importante. —Me acarició de nuevo, transmitiéndome tranquilidad y levantándome la cara hasta apresar mi mirada. Con parsimonia se quitó la cruz que siempre llevaba al cuello—. Toma esta cruz, es casi tan vieja como tu sangre. Me la regaló mi padre y a él el suyo. Es mágica y, gracias a ella, él sigue aquí conmigo siempre que lo necesito. Así mismo hará contigo cuando yo no esté. La muerte no existe mientras existe recuerdo, así que inmortal seré mientras la portes, y conmigo mi padre y su padre. Si estás muy asustado, apriétala contra tu pecho y cierra los ojos, te pro-

meto que escucharás mi voz. Es muy importante que la conserves, así que júrame que no te moverás.

- —Lo juro —sollocé.
- —Reza diez avemarías y me tendrás de vuelta, hijo.

Paralizado, sin entender la situación, me concentré en apretar mi cruz y recitar mi primera avemaría. Mi abuelo saltó saliendo del falso suelo sin mirar atrás mientras yo le suplicaba mudo que no me abandonase. Apostó algo pesado, imagino que el abrevadero de las gallinas, sobre la trampilla y marchó.

No había comenzado la quinta cuando les escuché en mi casa. Debieron encontrar al resto de mi familia, hacinados y escondidos en una falsa pared de la cocina al no contar con tiempo para llegar a la parte trasera o escapar. Gemían y lloraban desconsolados. Poco me costaba distinguir a la pequeña Eugenia, bulliciosa de por sí y desatada en aquella ocasión. Con sus dos años aún creo recordarla, aceptando que sin duda será de forma idealizada. La he visto toda mi vida y todavía la veo cada vez que me cruzo con una niña rubia de verde mirada.

La agonía se prolongó durante horas que para mí siguen siendo siglos. Escuché cómo los violaban, torturaban y mataban. Oí la voz desgarrada de mi madre Isabel y los gritos de impotencia de Martín, pidiendo para él el castigo. No me moví. No podía hacerlo.

Tras el silencio, las maderas crujieron y el movimiento de las sombras entre las tablillas me alertaron de compañía. Corriendo me oculté en un pequeño compartimento del final del almacén que utilizábamos como bodega y podía cerrarse por dentro y pasar desapercibido. Me siguió el estruendo de vasijas y utensilios estrellándose en el suelo, en mi techo. Buscaban botín o nuevas víctimas. Abrieron las jaulas para hacerse con los animales estallando un demencial estruendo de graznidos y cacareos. Pude respirar su sudor y escuchar sus gritos y risas. Tiraron el abrevadero que había colocado mi abuelo y de una patada reventaron la entrada del almacén. Las maderas volvieron a crujir entre gritos ininteligibles. Esta vez lo hacían más cerca. Les escuché gritar a poco más de dos varas. No habían encontrado nada. Tras un nuevo silencio y un liberador crujido de la madera, el humo lo inundó todo sin llegar a mi compartimento de adobe.

Perdí la noción del tiempo y allí en mi retina quedó para siempre el pánico, aderezado en los sueños por gritos y gemidos. En lo que pudo ser un día, una semana o un mes apareció mi padre acompañado de Ceferino y Silvinio. No pareció alegrarse al verme ni yo fui capaz de reaccionar al verle a él. Me avergonzaba seguir con vida.

Ceferino, pálido, se había arrastrado literalmente hasta allí junto a una tremenda pulmonía que le provocaba toser sangre. Por el camino se había dejado su pierna izquierda y, a su llegada, el alma al descubrir a su familia muerta.

Enterramos cristianamente los restos de nuestra familia en el cementerio familiar. Todos los trabajadores que encontraron junto a mi abuela, tías, primos, madre y hermana habían sido degollados, muchos de ellos con la tortura o violación de propina previa. Mi abuelo, irreconocible por la paliza, crucificado. No quisieron rehenes.

Mi padre, ido, sacó su daga, el Espíritu Santo según la llamaba, para rajarse la mano. Apretando el puño, con fuerza, manando sangre sobre las tumbas de su mujer e hija murmuró una especie de letanía. Mis tíos le imitaron. Desde ese día a mi padre le costó encontrar la sonrisa. Comenzaba la leyenda del Tuerto.

Yo perdí por completo el habla.

La ejecución de mi familia zarandeó a la sociedad cordobesa, especialmente a los que comulgaban. Muchos profesaban un cariñoso y sincero afecto a Martín el Sabio e infinitas fueron las muestras de condolencia. Más allá de las víctimas, la barbarie con que se produjo profundizó la sensación de inseguridad reinante e indujo a los tibios representantes cristianos a exigir responsabilidades a Muhammad. Poco recogimos más allá de grandes promesas y palabras vacuas. Tampoco más esperábamos.

Ibn Hukam nos acogió en Priego. Pese a los cuidados que le prodigaron, Ceferino no aguantó una semana. Pudo ser la pulmonía, la pierna o quién sabe qué fallos internos. Quizás, simplemente, tras enterrar a su mujer e hijos, no soportara el peso de la culpa o de la pena. Se acostó para siempre tras el funeral. Gonzalo y Silvinio no actuarían de la misma forma. Su vida perseguiría vengar la afrenta. No quedaría un bereber vivo.

Durante nuestra estancia en Priego, los cordobeses guiados por Álvaro comenzaron el rastreo. Los bereberes eran un clan de la familia de los Banu Maslama, de la tribu de los Miknasa y tronco de los Butr. El cabecilla, Abd Allah ibn Mahmud, se había asentado con unas cuarenta familias en la sierra de Epagro tras una discusión entre clanes desde la *kora* de Fahs al-Ballut. Tras su asalto, viendo el inmenso revuelo causado y temiendo la respuesta, se dividieron en dos grupos. Uno se desplazó hacia las cercanías de Malaka el otro hacia al-Yazirat Tarif.

La caza comenzaba.

Cuento esto hoy por ser coherente con el relato y gracias a referencias posteriores, pues personalmente nada recuerdo desde aquel maldito humo. Ni la llegada de mi padre, ni los funerales, ni las condolencias, ni mi tío agonizante o cualquier otro detalle. No puedo describir mis sentimientos pues ignoro si existían, los imagino. Sí recuerdo mi cruz, mi cruz de siempre, mi amuleto, la que me traía la voz de mi abuelo y mi madre. Mi forma de agarrarme al pasado, a la tierra, a la felicidad, a la seguridad y a la inocencia.

Tampoco recuerdo la despedida con mi padre en el cenobio de San Salvador. Situado a una legua al norte de Corduba, en una sierra de difícil acceso, vestida de jara y encina con cantidad de panales de abeja que le daban el sobrenombre de Peña Melaria. Fundado por los padres de la Santa Pomposa, se había convertido en el refugio de los expulsados de Tábanos. Una comunidad variopinta de cristianos huidos o desalojados de sus tierras había seguido a los monjes.

La familia que me acogió me tomó por tonto al primer vistazo. Pese a su buena voluntad, la situación hedía, literalmente. No me integraba y sufría continuas pesadillas y accesos de pánico. Mi única compañera era la crueldad con la que la infancia sentencia al diferente o al débil. Las alusiones a mi estupidez eran constantes y llegué a acostumbrarme a que se me utilizara como medida para catalogar la ajena.

Poco debía importarme, pues no compartía la realidad, ni me afectaba la vejación, el insulto o la crítica. Solo temía a mis pesadillas donde revivía una y otra vez la llegada de los bereberes, sus aullidos y sus caballos. El fuego y el humo. Mi abuelo partiendo sin mirar atrás. El perturbado cacareo. El crujido de la madera. La inocente cara de Eugenia desgarrada y los gritos de mi madre. Se presentaban sin aviso previo, provocadas por cualquier situación, a cualquier hora, causándome profundos trances que en su peor versión acababan en heces, orines y convulsiones. Tras la resaca de una muy grave me llevaron junto a los monjes.

Todo se simplificó.

Uno de los monjes más jóvenes fue quien me acogió como desafío. Alto y espigado. Su cara era interminable, dura como todo él, con largos brazos que parecía siempre mover más de la cuenta. Natural de Gadir, poseía una simpatía innata que transmitía a través de una mirada sincera. Me cayó bien desde el primer momento despertándome las ganas de convivir con alguien que no fuera yo mismo. El primer día, acompañándome a mi cuarto, me preguntó:

—Así que tú eres el joven Adelfuns, ; sabes lo que significa tu nombre? —Como siempre que me preguntaban algo directamente, desvié la mirada simulando que no lo seguía. Yo continuaba sin hablar. No se dio por vencido—: Noble... —alargó la sílaba invitándome a demostrar mi conocimiento y, sobre todo, mi atrevimiento. Consciente de que podía conocer la respuesta—... dispuesto —concluyó él mismo, tras tensos segundos de espera, incómodo, con cierta desilusión que enseguida desterró para continuar, mirándome a los ojos—: Veo que me entiendes, eso es lo importante. Algunos de los hermanos con los que convivirás guardan silencio penitente v no pocos viven como eremitas en la soledad de la montaña. Yo mismo disfruto con pasión del silencio. Nadie te molestará, no necesitas hablar si no lo deseas, nos entenderemos. —Se me acercó para susurrarme al oído—: Tengo un secreto, no oses confiárselo a nadie, leo el pensamiento. —Su mirada era brillante y sincera. Me puso la mano en el hombro para concluir—: No pienso abandonarte.

Se llamaba Máximo y se convirtió en mi segundo padre, hermano mayor y amigo. Así era de extraordinario.

Poco a poco advertí cómo mi vida se corregía de forma ostensible. Paradójicamente, me liberé encerrado, podía ser yo mismo más tiempo.

Enseguida llamó mi atención el *scriptorium* del cenobio. Me recordaba la sala de trabajo de mi abuelo. Me obsesioné con visitarlo, utilizando como remedio a mis males el olor a tinta y pergamino. Los primeros meses no me lo permitían. Mi edad ni siquiera rozaba la requerida para aprendiz, y no existe mayor enemigo que un niño para aquel templo al silencio donde cualquier sobresalto destrozaba el minucioso trabajo de copia e ilustración. Mi especial situación y tenacidad obsesiva acabó regalándome la oportunidad aquel invierno. Mi tarea era mantener viva la chimenea de piedra situada en medio de la habitación. Acarreaba y colocaba los leños, asegurándome de que el blanco humo subiera siempre vertical evitando que la turba dañara el trabajo de los hermanos. Además, tapaba con masa de le-

vadura y lana cualquier resquicio o agujero en las paredes que el viento, siempre ávido de asaltos, pudiera conquistar. Se trataba de una fortaleza, un baluarte contra el caos exterior, donde imperaba la armonía. Rara era la vez que algún susurro rompía el silencio. Disfrutaba sentado observando a los monjes trabajar, cada uno absorto en su banco, desvirgando con la pluma la pulcritud del pergamino. De allí intuyo que proviene mi ánimo para escribir hoy.

Máximo advirtió que no adolecía de inteligencia y me inició en el *trivium* y el *quadrivium*.

—Un niño que lee es un adulto que piensa, Alfonso. El gran Alejandro, el macedonio, comenzó a los siete años, y mira hasta dónde llegó. No será por falta de tiempo que no empieces antes. Solo Dios sabe si lo aprovecharás de la misma forma.

Me devolvió a la realidad. Iluminó mi oscuridad. Me mantuvo cuerdo a una edad donde se cincela y esculpe la personalidad futura. Si Séneca acertó al apuntar que gran parte de la bondad consiste en querer ser bueno, Máximo merece ser santo.

Como siempre resulta con más o menos fuerza, el tiempo, inalterable en su paso, se ocupaba de espaciar los dolorosos recuerdos del pasado. Fue una carta de mi padre la que me devolvió definitivamente al presente. Fechada el 14 de enero, la recibimos el 17 de abril. Recuerdo el día por celebrar Máximo como gran presagio su coincidencia con san Isidoro. Ya habían volado dos años y medio desde mi llegada. No me acuerdo del mensaje, pero sí de su impacto. Mi padre vivía y me tenía presente.

Mi actitud varió. Los malos recuerdos seguían persiguiéndome, acompañados ahora por la incertidumbre sobre la suerte de mi padre, pero empecé a concienciarme de mi presente y a exprimir las clases de Máximo. Las disfrutaba. Se proclamaba, y aún hoy sigue haciéndolo, furioso admirador de san Isidoro y san Agustín. Chocaba con otros monjes que lo consideraban tibio, demasiado condescendiente, quizás fruto de su juventud y escasa experiencia y sufrimiento. No criticaba gratuitamente, ni siquiera a los caldeos, jamás generalizaba y chocaba con las ideas de Eulogio. Siempre comenzaba la lección con la oración al Padre y la frase de san Agustín: «Conócete, acéptate, supérate», poniendo en manos de Dios su conocimiento y encomendándole su destino.

Mi progreso era obvio y comencé a dominar el latín y maltratar el griego e, incluso, el árabe. Abandoné la incómoda rutina de dormir en cama mojada, acudía a los rezos con puntualidad, incluso tarareaba las antífonas al hacer alguna tarea.

Desgraciadamente, la normalización y el estudio no trajeron de vuelta el habla. Un sentimiento de incapacidad me atenazaba y la frustración, que cada vez sentía más presente, me consumía.

El 11 de junio, día de San Bernabé, cuando se avecinaba mi undécimo cumpleaños, arribó mi tío Silvinio.